

# «No hay fuera de texto»

○ la lectura que se abre entre los márgenes

**Marcela Rivera Hutinel**

Universidad Metropolitana de Ciencias de la educación

marcela.rivera@umce.cl

# «No hay fuera de texto»

O la lectura que se abre entre los márgenes

Marcela Rivera Hutinel

## RESUMEN

“Un texto es un foco de resistencia”, dice Derrida en la entrevista “Leer lo ilegible”. El presente trabajo procura mostrar cómo la fórmula «no hay fuera de texto», lejos de la aparente clausura que se le atribuye, abre una cesura por la que se desliza la posibilidad de pensar de otro modo la experiencia de la lectura. Como Freud, que forjó su estudio del aparato psíquico a partir del análisis de las resistencias —esa *contra-fuerza* del psiquismo que se opone a los procedimientos y procesos del análisis—, Derrida intentará pensar la experiencia de lectura que reclama lo escrito a partir de aquella *contra-fuerza* que nos vuelve ilegible y legible el texto, *al mismo tiempo*. Allí, en los márgenes del texto, vamos a tientas, en la ineludible *epoché* de lo visible o de lo pre-visible, ajenos a la fenomenalidad del sentido. El tiempo de la lectura al que Derrida nos confronta exige pensarse fuera de toda intención y de toda teleología, inscribiendo sus potencias en el orden de lo imprevisible, de lo incalculable.

## PALABRAS CLAVE

Texto, lectura, ilegibilidad, experiencia, resistencia

# «There is no outside-text»

Or the reading opening amongst the margins

Marcela Rivera Hutinel

## ABSTRACT

In the interview “Reading the unreadable”, Derrida tells us that “a text is a point of resistance”. This paper attempts to show how the formula «there is no outside-text», far from its seeming closure, opens a caesura sliding the possibility of thinking the reading experience in another way. As Freud, who forged his studies on the psychic apparatus analysing resistance as a starting point —that *counter-force* to psychism confronting the analysis’ procedures and processes—, Derrida tries to think the reading experience demanded by that counter-force making, *simultaneously*, the text to be illegible and legible. There, in the text’s margins, we grove around in the unavoidable *epoché* of what is either seeable or fore-seeable, foreigners to the phenomenality of meaning. The reading time to which Derrida confronts us is a demand to think ourselves outside of any purpose and teleology, registering its powers in the order of the unpredictable, of the immeasurable.

## KEYWORDS

Text, reading, illegibility, experience, resistance

## I.

“Lector —afirma Pascal Quignard en *Le lecteur*— [es aquel que] se abre, él está abierto, abierto como su libro está abierto, él se abre como una herida está abierta...” (1976, p. 58). Maurice Blanchot, por su parte, no cesó de interrogar en *El Espacio Literario* “esa «apertura» de la que la lectura está hecha” (1955, p. 204). Con la fórmula *Il n’y a pas de hors-texte*, lejos de la aparente clausura que a veces se le endosa, como si el mundo se excluyese en ella<sup>1</sup>, Jacques Derrida también se vuelca sobre esta apertura. Cabe recordar que la fórmula despunta en un decisivo acápite de *De la gramatología*, titulado “Lo exorbitante. Cuestión de método”. Situado justo en la mitad de este libro que abre el programa gramatológico, Derrida repara allí en la necesidad de una “lectura interna”, que permanezca “en el texto”, a contrapelo de la práctica de “lectura trascendente” que, orientada hacia la búsqueda del significado, espera que el texto se torne transparente, recobrando su “espíritu” —su “*querer-decir*”— por medio del sacrificio de su “cuerpo” (Derrida, 1967, pp. 228-229). Como señala Michel Lisse en *L’expérience de la lecture*: “La lectura, en esta perspectiva metafísica, no puede ser más que una lectura trascendente que, teniendo al texto por transparente, aspira a recobrar el significado trascendental (...)” (1998, p. 41). Derrida se

---

1 Por ejemplo, en su *Historia de la locura*, Foucault declara que Derrida está comprometido con una “pequeña pedagogía históricamente bien determinada (...) que enseña al alumno que no hay nada fuera del texto, pero que en él, en sus intersticios, en sus espacios y no dichos, reina la reserva de origen; que, por tanto, no es necesario ir a buscar en otra parte...” (2015, p. 201).

pregunta entonces si la filosofía, intentando controlar metódicamente las condiciones de su lectura, ha sido capaz de exponerse a la apertura que la lectura conlleva: abertura del lector ante su libro, abertura del texto al porvenir, abertura del lenguaje mismo. O si, por el contrario, como da a pensar en *De la gramatología*, se trata de un ejercicio de pensamiento que ha tendido más bien a establecer una relación de denegación con su propia escena de escritura y de lectura, resistiendo por todos los medios a lo que, en esta escena, la expone al horadamiento de categorías que han operado en ella a modo de arraigados e incuestionables parapetos. “Desde Platón, desde el origen de la tradición metafísica occidental por tanto, la escritura y la lectura han sido de manera conjunta, no olvidadas, sino reprimidas [*refoulées*]”, afirma Lisse en la apertura de *L'expérience de la lecture* (1998, p. 11), recordando que para Derrida la historia de esta “represión” coincidiría con la resistencia de la filosofía a dejarse alterar por aquello que, en el *texto*, en ese *tejido* de la escritura y la lectura, amenaza con desanudar los principios de su propio ordenamiento.

Lisse, en su acucioso trabajo en dos volúmenes sobre la experiencia de la lectura, tal y como ella se bosqueja en el pensamiento derrideano (el primero, gravitando en torno a la *sumisión* de la lectura a la “evidencia del sentido”, “modelo de la lectura que habrá sido aquel de la lectura filosófica o logocéntrica” (1998, p. 41), y el segundo, remarcando las potencias de *deslizamiento* [*glissement*] que permiten “hacer resonar de otro modo esa vieja palabra de la lengua, tan pesadamente lastrada por el peso de las metafísicas occidentales” (2002, p. 11)), muestra cómo el desplazamiento del concepto de escritura, que más visiblemente se asocia al pensamiento derrideano, compromete otro movimiento de dislocación, no menos radical, que toca a la experiencia de la lectura. Comentando el texto de Lisse, Ginette Michaud (2001, p. 54) señala: “Leer con Derrida, esto sería entonces hacer una experiencia completamente otra de la lectura, una experiencia cuyo concepto queda ampliamente por interrogar, planteado aquí menos como apropiación que como *«experitur»*, es decir, travesía, perseverancia, prueba

arriesgada, «*expérilleuse*» —palabra en la que Michaud contrae el peligro que esta *périlleuse expérience* conlleva.

Ante la pregunta ¿cómo lee la filosofía?, o más incisivamente, ¿puede leer la filosofía? ¿puede la “lectura filosófica” disponerse radicalmente al riesgo del *experiri*, dejarse marcar, tocar, herir por la lectura?, Geoffrey Bennington responde, redoblando la provocación de Derrida, que filosofía y lectura son en alguna medida términos que entran en contradicción, que no puede haber “lectura filosófica” propiamente hablando. Citaremos en extenso el pasaje donde tiene lugar esta afirmación polémica de Bennington porque nos permitirá comprender, dentro de un instante, porqué Derrida afirma que la “lectura filosófica” (“lectura trascendente” es el nombre que le da en *De la gramatología*) debe afrontar, ante la experiencia del texto, la puesta a prueba de sus límites. Ante esta presunción, la de una lectura totalizante que aspira a consumir *una* lectura, que supone la *unidad* de una obra o un corpus, Bennington afirma que la filosofía se niega a leer, queriendo sustraerse a la apertura que reclama la lectura:

(...) ningún texto puede leerse a sí mismo. Ahora bien, hay en Occidente toda una tradición de escritura que cree, o quisiera creer lo contrario, y esta tradición se llama filosofía. La filosofía es, justamente, el texto que cree poder leerse a sí mismo, inscribiendo ya en él su buena lectura, que el diligente lector se dispondrá luego a descifrar. Esta tentativa de pre-inscripción total de la lectura en el texto es por esto mismo rechazo de toda lectura y entonces de todo *advenir* (me gustaría decir: *de toute avenue* [de todo *abrirse paso*]) del texto (...) El texto filosófico sería entonces un texto no textual, en la medida en que texto quiere decir apertura necesaria a la contingencia futura de la lectura. Eso hace que la lectura propiamente filosófica, en tanto que tal, no sea una, y que la lectura, en tanto que tal, no pueda ser filosófica. Para decir la cosa de otro modo, no puede haber *filosofía de la lectura* (Bennington, 2011, pp. 13-15).

Aún sospechando que ningún ejercicio filosófico pueda liberarse de tal determinación —Derrida mismo nos enseña que la lectura, ella misma, se

deja leer de múltiples maneras—<sup>2</sup>, tomando por tanto con cautela el aserto que hace de la filosofía una gran máquina de *auto-lectura* que demuele, entre sus engranajes, la posibilidad misma de esa experiencia —el referente por antonomasia de Bennington (2011) es aquí la filosofía hegeliana, “el esfuerzo más potente y riguroso para incluir la lectura en el enunciado mismo de su texto” (p. 15)—, quisiéramos retener de la provocación lanzada en este pasaje la atención vigilante hacia la relación entre lectura y *porvenir* del texto, detenernos en la manera en que, en ese *avenir*, se desliza un tiempo de la lectura que exige pensarse fuera de toda intención y de toda teleología, inscribiendo de este modo sus potencias en el orden de lo imprevisible, de lo incalculable.

Si hay *chance* para la lectura, esta solo podrá pensarse a partir de la deconstrucción de la teleología que subtiende la concepción metafísica de la lectura que ha sido prevalente: la de un sentido *presente* en el texto que el lector debe limitarse a develar. Pues si el sentido de la lectura estuviese trazado de antemano, si él estuviese ya *prescrito* en el texto, no habría oportunidad para dicha experiencia. Si texto y lectura se entrelazan de manera inextricable -texto, como sugiere Bennington, quiere decir “apertura necesaria a la contingencia futura de la lectura”-, ello se debe a que la escritura no se cierra jamás sobre sí misma; el porvenir que la hiende desde

---

2 Pensadores como Derrida, Benjamin, Blanchot, Barthes, Bataille, todavía otros más, nos confrontan al hecho de que la lectura, en sus modos de desplegarse, se pone en liza una decisión respecto de las potencias que alberga para el propio ejercicio del pensamiento: una forma de leer es, para ellos, indisociable de un modo del pensar. En esta rehabilitación de la escena de lectura que acompaña al propio ejercicio de pensamiento, Nietzsche y su *arte de la lectura lenta* (el *arte de rumiar* que invoca en el prefacio de *La genealogía de la moral*) representa ciertamente un papel decisivo. “[Nietzsche] —afirma Derrida en *De la gramatología*— habría contribuido poderosamente a liberar el significante de su dependencia o de su derivación respecto al logos y al concepto conexo de verdad o de significado primero, en cualquiera de los sentidos en que la entendamos. La lectura y por tanto la escritura, el texto, serían para Nietzsche operaciones originarias” (1967, pp. 31-32). Nietzsche sería el pensador que, advirtiendo que la matriz metafísica de Occidente está adherida a la gramática, también intuye que esa matriz sólo puede resquebrajarse sacudiendo las grillas de lectura que le están adosadas, y que por lo tanto es preciso *inventar* un nuevo modo de leer.

el primer momento —la lectura que necesariamente la *abre*, que posibilita su *advenir*— no la deja nunca en reposo. El texto es aquello que, por definición, está preñado de lecturas por venir: “De hecho, si la transparencia de la inteligibilidad estuviera garantizada, destruiría el texto, demostraría que no tiene porvenir, que no rebasa el presente, que de inmediato se consume” (Derrida, 2009, p. 46). Solo un “texto no textual”, como llama Bennington al texto que “cree poder leerse a sí mismo”, podría esperar yacer como un monumento impasible a la espera de su adecuado desciframiento: prescribiendo su lectura (*auto-leyéndose*), es decir, no dejándose *alterar* por la lectura. Bennington da a pensar que el texto es aquello que, por definición, está expuesto a dicha alteración. El texto es lo *abierto* por el movimiento de la lectura (cada lectura *por venir*) y la lectura a su vez debe exponerse al no-saber de su andadura para *tocar* esta hendidura que le permite el paso. Lo escrito está *escrito* desde la primera palabra, afirma Jean-Luc Nancy, recordándonos con este término que la escritura lleva consigo, desde el primer momento, el límite de su afuera, que solo se escribe a partir de esta exterioridad. La lectura, “su *incipit* siempre recomenzado”, es aquello que “*excribe* a la escritura fuera de ella misma” (Nancy, 2002, p. 43).

## II.

Derrida afirma en el inicio de *La farmacia de Platón* que *un* texto —*cada uno* de los acontecimientos de escritura que llamamos con ese nombre— es aquello que no se entrega nunca en el *presente* de una percepción, que eso que llamamos texto “permanece siempre imperceptible” (1975, p. 93). Abriendo la pregunta por el tiempo dislocado de la lectura, Derrida sugiere la necesidad de interrogar los límites de una cuestión de la lectura formulada en “tiempo presente”, ya sea la que se plantea desde una fenomenología de la lectura (¿*qué vemos* cuando leemos?), o bien la que se enuncia desde la tradición hermenéutica que mienta la lectura como un “arte secreto” que posibilita oír en el presente “la pura presencia del pasado”. “El que sabe leer



lo transmitido por escrito atestigua y realiza la pura actualidad del pasado”, afirma Gadamer en *Verdad y Método* (1999, p. 216). La lectura, insiste Gadamer en la misma página, sitúa a la lectura del lado de aquello que permite superar la extrañeza del texto: “La escritura, y la literatura en cuanto participa de ella, es la comprensibilidad del espíritu más volcada hacia lo extraño (...) En su desciframiento e interpretación ocurre un milagro: la transformación de algo extraño y muerto en un ser absolutamente familiar y coetáneo” (1999, p. 216). En esta conjura de la extrañeza de la escritura que se busca por medio de la lectura radicaría, quizás, la distancia infranqueable entre la hermenéutica y la deconstrucción. ¿Cómo situar, cómo *fijar* el tiempo de la lectura, allí donde un texto *no se presenta*, donde el sentido, por tanto, nunca puede ser apropiado?

El tiempo de la lectura, dirá Derrida, no puede ser sino un tiempo donde el tiempo mismo expone sus fisuras, toda vez que el don del texto es un don que no se presenta nunca *como tal*. Contraviniendo el modo en que el tiempo ha sido concebido desde el privilegio del presente (ese “privilegio del presente” que, “de Parménides a Husserl [...] jamás ha sido cuestionado” (Derrida, 1972, p. 36)), la lectura no responde aquí al modelo del hilo tendido entre un presente y otro, como si una línea única y congregante pudiese establecerse entre un texto y su destinación. De ahí que sea necesario desplazar la concepción metafísica de “obra” o de “libro” como totalidad o como idealidad de sentido, como plasmación de un «querer-decir», para dar a pensar que el texto es ese cuerpo de escritura que regenera “indefinidamente su propio tejido tras la huella cortante, la decisión de cada lectura” (Derrida, 1975, p. 93). Otra manera de advertir que el texto llama a recorrer cada vez la superficie de su textura —lo que Derrida llama su “textura irreductible” (1972, p. 192)—, sin que podamos jamás atravesarla para, al final del trayecto, hacer visible en ella la “unidad de sentido” que, según lo entiende la concepción de la “lectura trascendente” (lectura que se quiere *reveladora*), supuestamente lo configura. La palabra “texto” nos avisa que el trabajo de escritura ya no deja sutilizarse como un “éter transparente”

y que leer es, consecuentemente, una “práctica” —como afirma Mallarmé y, con él, Derrida— que exige recorrer, sin poder rebasar, la materialidad de la lengua —“una materia sin presencia y sin substancia”— que constituye su urdimbre (Derrida, 1988, p. 65). No hay aquí “transparencia de éter”, como reza un verso de Mallarmé en *Divagations* (2003, p. 200), fluido sin espesor, sino *un escrito en el que tropieza la mirada*. De ahí que un texto sea, para Derrida, aquello que, dándose a leer, no se entrega nunca, en el presente, a su plena legibilidad. Si lo hiciera, si se volviese transparente, completamente legible por tanto, desaparecería como texto. Esto es, como escritura, como “cuerpo de lengua”: “Esta ilegibilidad” —apunta el filósofo en *Glas*—, “que enturbia y hiende la significación, es eso sin lo cual no habría texto” (Derrida, 1974, p. 41). La ilegibilidad queda entonces anudada al *don del texto*; este don, esta *apertura* del texto hacia el otro, dirá Derrida nuevamente en *Parages*, excede el orden de la legibilidad propiamente hablando: “Lo ilegible no es lo contrario de lo legible, es el límite punzante (*ârete*) que le da la chance o la fuerza de recomenzar” (Derrida, 1986, p. 161).

Allí donde lo legible ha sido tradicionalmente concebido desde el valor de la unidad y desde el primado de la transparencia, definiéndose como aquello que posee un sentido susceptible de ser descifrado —haciendo que el *sentido de la lectura* no sea otro que la *lectura del sentido*—, Derrida aventura una fórmula que, en virtud de su desajuste, nos sitúa performáticamente frente a la enigmática resistencia que subtiende dicha experiencia: «leemos lo ilegible», afirma, porque un texto completamente diáfano no necesitaría ser leído; solo lo que *resiste* exige e interpela a la lectura: “Un texto no se deja apropiar. (...) No pertenece ni a su autor ni al lector (...) Un texto es un foco de resistencia. Y la relación a ese foco de resistencia por parte de un sujeto lector no puede ser más que una forma de resistir, de vencer la resistencia, una forma de entenderse con la propia resistencia” (Derrida, 1999, pp. 62-63). Así lo plantea en “Leer lo ilegible”, entrevista publicada en *Revista de Occidente* en 1986, cuyo título dirige nuestra atención hacia lo que Derrida deja cimbrando en este aparente oxímoron. En el marco de esa

conversación, Carmen González-Marín, traductora al español de *Márgenes de la filosofía*, le pregunta si la deconstrucción del concepto de escritura — gesto decisivo del programa gramatológico— “transforma el concepto de lectura”. Derrida recurre a este temblor del linde entre lo legible y lo ilegible como índice de una experiencia de la lectura que, para él, resulta indisociable de la tarea de la deconstrucción: no solo un modo de acercarse al texto, sino de *experimentar* (y esta sería la cualidad esencial de la lectura, que indica una pasividad que es igualmente pasión y sufrimiento) cierta *resistencia* que le es constitutiva. Lo que “se experimenta en el trabajo deconstructivo” es que el “concepto tradicional de lectura” se torna insuficiente para pensar la experiencia del texto. “Texto” es aquello que, en último término, sacude nuestra comprensión de la lectura, la hiere o la hiende, introduciendo una cesura en el nudo que amalgama, desde larga data, lectura y desciframiento:

En general, se piensa que leer es descifrar, y que descifrar es atravesar las marcas o significantes en dirección hacia el sentido o hacia un significado. Pues bien, lo que se experimenta en el trabajo deconstructivo es que a menudo, no solamente en ciertos textos en particular, sino quizá en el límite de todo texto, hay un momento en que leer consiste en experimentar que el sentido no es accesible, que no hay un sentido escondido detrás de los signos, que el concepto tradicional de lectura no resiste ante la experiencia del texto; y, en consecuencia, que lo que se lee es una cierta *ilegibilidad* (Derrida, 1999, p. 52).

Leer, “se piensa”, implica desentrañar la cifra, vencer el obstáculo de su opacidad, volver transparente el sentido que subyace en los signos como su verdad velada. Contraviniendo dicha presunción, Derrida señala que la experiencia de la ilegibilidad está alojada en el acto mismo de la lectura: “Que lo ilegible da a leer, esto no es una fórmula de compromiso”, advierte una línea de *Parages* (Derrida, 1986, p. 161). De este modo, nos indica que no estamos ante un mero asunto retórico, que frente a este contrasentido aparente no nos medimos simplemente con una cuestión de “forma”. Y que nada en esta sentencia ha sido dispuesto para allanar o resolver una tensión,

con vistas a restituir finalmente el orden del sentido que aquí parece crisparse. Se trata de una frase de “Survivre”, ensayo dedicado a la lectura de Blanchot y vertebrado por la pregunta sobre la traducción. Lo que allí se intenta dilucidar es el modo en que las condiciones de posibilidad de la traducción son, al mismo tiempo, las que hacen de esta tarea una «tarea imposible», retomando la señera reflexión de Benjamin, cuyo nombre designa el punto de paso obligado a todo pensamiento sobre la traducción: “La imposible «tarea del traductor», esto es lo que quiere decir asimismo deconstrucción”, señala Derrida en *Carta a un amigo japonés* (Derrida, 1997, p. 26). Estamos lejos de la traducción entendida como transferencia de contenido, vehículo de información o medio de comunicación. *Die Aufgabe des Übersetzers*, dice Benjamin, dejándonos en custodia esta palabra temblorosa —*Aufgabe*—, que afirma la necesidad de la tarea al mismo tiempo que recuerda lo que ella comporta de rendición o de fracaso.

### III.

Deteniéndose en un relato de Blanchot, *L'arrêt de mort*, Derrida reflexiona sobre la intraducibilidad de este título que afirma tanto la sentencia como la suspensión de la muerte: “Este título es ilegible. Pero se trata de una ilegibilidad que no se detiene sobre una fachada de opacidad. Al contrario, ella da su impulso a la lectura, a la escritura y a la traducción” (Derrida, 1986, p. 161). Que la condición aporética de la lectura, *su imposible-posibilidad*, sea pensada por Derrida a partir del paradigma de la traducción, debería darnos una pista de los lazos que se trenzan, para el filósofo, entre ambas experiencias: “Totalmente traducible [*totalmente legible*, añadimos nosotros], desaparece como texto, como escritura, como cuerpo de lengua. Totalmente intraducible, incluso al interior de aquello que cree ser *una* lengua, muere inmediatamente” (Derrida, 1986, pp. 147-148). Lo que reclama abrirse paso en este umbral indecidible —pues se nos ha prevenido que estamos lejos de tratar con una mera “fórmula de compromiso” (solo *se lee lo ilegible, se traduce*

*lo intraducible*)—, bordearía una experiencia de legibilidad cuyo “fondo”, o cuya *fuerza* más bien, solicita y reclama a la tarea del pensamiento.

“Lo que se lee es una cierta *ilegibilidad*”: esta fórmula condensa la torsión que el trabajo deconstructivo le imprime a la noción de texto y a la experiencia de la lectura que éste lleva aparejado. “Leer lo ilegible”: Derrida acuña así una expresión capaz de tañer esa experiencia, *inventa* —“la deconstrucción es inventiva o ella no es” (1998, p. 35)— un sintagma que, al nombrarla, no disipe lo que resiste a la lectura, sino que permita brindarle resonancia. Si esta fórmula de la lectura es perturbadora es porque en ella el acto de pensamiento deviene idiomático, una “invención idiomática” que asume el riesgo, en y con la lengua, de nombrar aquello que ha permanecido impensado respecto de las condiciones de posibilidad de la lectura. “Derrida —recuerda Sarah Kofman— no se dirige al entendimiento, a los oídos habituados a la escucha del logos paternal. De tales oídos, él perfora los tímpanos” (Kofman, 1984, p. 25).

Como Freud, que forjó su estudio del aparato psíquico a partir del análisis de las resistencias —esa *contra-fuerza* del psiquismo que se opone a los procedimientos y procesos del análisis—, Derrida intentará pensar la experiencia de lectura que reclama lo escrito a partir de aquella *contra-fuerza* que vuelve ilegible y legible el texto, *al mismo tiempo*. Derrida piensa la resistencia del texto en la estela del pensamiento freudiano y del carácter productivo que Freud le asignó a las *psychische Mächte*, esas fuerzas psíquicas vinculadas, por lo demás, a una irreductible *resistencia a la interpretación*. Son estas resistencias las que parecen incrustarse en la opacidad figural de la fórmula “leer lo ilegible”, que no sólo viene a remover los sedimentos del concepto tradicional de la lectura, sino que parecen dislocar la misma voluntad de comprensión que lo articula. Más que una “aporía lógica”, lo que despunta en esta fórmula paradójica es una “aporía de la lógica” que ha organizado hasta ahora el pensamiento y la práctica de la lectura. *Aporía* nombra aquí no un mero punto muerto o una falta de salida, el impasse donde se estanca el pensamiento —*ἀποπέω*, respondían

los antiguos filósofos griegos cuando se enfrentaban a una pregunta que no poseía respuesta—, sino su *chance* misma. Hay, como afirma Rodolphe Gasché leyendo a Derrida, una “experiencia aporética en los orígenes del pensamiento”: el pensamiento derrideano se habría configurado como “una aproximación que hace del impasse conceptual no la ruina del pensamiento, sino al contrario, la condición misma del pensamiento” (Gasché, 2002, p. 106). *No hay fuera de texto y leemos lo ilegible* son fórmulas con las que Derrida busca punzar “la lógica o la tópica del velo” que ha configurado la historia de la lectura: “Leer, relacionarse con una escritura, es perforar ese horizonte o ese velo hermenéutico, deconducir todos los Schleiermacher, todos los hacedores de velo...”, afirma en *Espolones* (Derrida, 1981, p. 81); “la literatura sufre aquí una exquisita crisis, fundamental. (...) una inquietud del velo, (...) casi su desgarramiento”, apunta Mallarmé en “Crisis de verso” (Mallarmé, 2016, p. 23). Pues en el reverso de ese “velo” que está en el corazón del programa hermenéutico se inscribe el deseo de hacer plenamente legible el texto.

A modo de cierre, cabe recordar lo que da a pensar Derrida en *Memorias de ciego*: que no se escribe y no se lee sino a condición de no ver, que allí vamos a tuntas, en la ineludible *epoché* de lo visible o de lo pre-visible: “El lenguaje se habla, eso quiere decir *de la ceguera*. Él nos habla siempre *de la ceguera* que lo constituye” (Derrida, 1990, p. 11); otro modo de decir que la lectura y la escritura son experiencias ajenas a la fenomenalidad del sentido. Solo hay texto, dice Derrida en *La diseminación*, “a pérdida de vista” (1975, p. 308). Allí, entre los márgenes del texto, nos aventuramos como ciegos. Por eso, afirma también Nancy (2002), “la verdadera lectura avanza sin saber, abre siempre un libro como un corte injustificable en el *continuum* supuesto del sentido. Es necesario que se extravíe sobre esa brecha” (p. 43).

No querer-ver lo extraño que engeuece la mirada: ello puede transformar al discurso filosófico en una forma de *no-lectura*. Coartando la experiencia de aquello que la altera, la filosofía puede no leer, o leer demasiado rápido, lo que termina conduciendo a su propia denegación. Recordemos

lo que afirma Bennington en *Géographie*: si la lectura es una experiencia de lo abierto, puede que la llamada “lectura filosófica” termine clausurando su propia posibilidad, intentando desembarazarse del estambre de la escritura que le obstaculiza la aprehensión del sentido, la *visión clara* de su *saber*. Pero cuando el pensamiento se transmuta en conocimiento adquirido, cuando el *impoder*, el ir a tientas, se convierten en la apropiación de alguna cosa como objeto de saber, nos dejamos de mover, la búsqueda se anquilosa, ahí ya no pensamos. De ahí que Derrida tense la cuerda del vínculo entre escritura y pensamiento. «No hay fuera de texto». O bien, hay siempre una lectura que se abre entre los márgenes, que recomienza cada vez.

## BIBLIOGRAFÍA

- BENNINGTON, G. (2011). *Géographie et autres lectures*. Hermann Éditeurs.
- BLANCHOT, M. (1955). *L'Espace littéraire*. Gallimard.
- DERRIDA, J. (1967). *De la grammatologie*. Minuit.
- DERRIDA, J. (1972). *Marges de la philosophie*. Minuit.
- DERRIDA, J. (1974). *Glas*. Galilée.
- DERRIDA, J. (1975). La farmacia de Platón. En J. Derrida (Ed.), *La diseminación*. Fundamentos.
- DERRIDA, J. (1981). *Espolones. Los estilos de Nietzsche*. Pre-textos.
- DERRIDA, J. (1986). *Parages*. Galilée.
- DERRIDA, J. (1988). *Memoires pour Paul de Man*. Galilée.
- DERRIDA, J. (1990). *Memoires d'aveugle. L'autoportrait et autres ruines*. Réunion des Musées Nationaux.
- DERRIDA, J. (1997). Carta a un amigo japonés. En J. Derrida (Ed.), *El tiempo de una tesis*. Proyecto A.
- DERRIDA, J. (1998). *Psyché. Invention de l'autre*. Galilée.
- DERRIDA, J. (1999). Lo ilegible. En J. Derrida (Ed.), *No escribo sin luz artificial* (pp. 49-64). Cuatro ediciones.
- DERRIDA, J. (2009). *El gusto del secreto*. Amorrortu.
- FOUCAULT, M. (2015). *Historia de la locura en la época clásica 2*. Fondo Cultura Económica.
- GADAMER, H.-G. (1999). *Verdad y Método I*. Sígueme.



- GASCHÉ, R. (2002). L'expérience aporétique aux origines de la pensée. *Études françaises. Derrida lecteur*, 38(1-2).
- KOFMAN, S. (1984). *Lectures de Derrida*. Galilée.
- LISSE, M. (1998). *L'expérience de la lecture 1. La soumission*. Galilée.
- LISSE, M. (2001). *L'expérience de la lecture 2. Le glissement*. Galilée.
- MICHAUD, G. (2001). Le glissement, l'interruption. *L'histoire des idées au Québec*, 180, 54-55.
- NANCY, J.-L. (2002). *Un pensamiento finito*. Anthropos.
- PASCAL, Q. (1976). *Le lecteur*. Gallimard.
- STÉPHANE, M. (2003). Divagations. En M. Stéphane (Ed.), *Oeuvres complètes II*. Gallimard.
- STÉPHANE, M. (2016). Crisis de verso. En M. Stéphane (Ed.), *Variaciones sobre un tema*. Abend.
- VIDARTE, P. (2006). *¿Qué es leer? La invención del texto en filosofía*. Tirant lo Blanch.

**NOTA**

El presente texto retoma algunos extractos del libro *Figuras anómalas de la lectura*, que se encuentra en proceso de publicación por Ediciones Macul.

**AGRADECIMIENTOS**

A Pablo Oyarzun, por la experiencia de la lectura.

**SOBRE LA AUTORA**

Marcela Rivera Hutinel es Licenciada en Psicología y Filosofía por la Universidad Católica de Chile y Doctora en Filosofía con mención en Estética y Teoría del Arte de la Universidad de Chile. Se desempeña como directora del programa de filosofía de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Investiga en las intersecciones entre estética y filosofía del arte, filosofía del lenguaje y la literatura, especializándose en autores del pensamiento francés moderno y contemporáneo. En esta línea ha participado publicando, traduciendo y editando en una serie de proyectos dedicados a los trabajos de Blanchot, Celan, Derrida, Montaigne, Saint-Évremond, entre otros.